

En la sesión pasada, una de las preguntas que quedó en el aire se relacionaba con lo literario, y esto exige, creo, ser examinado en varios sentidos.

Lo primero aquí, es que nos referimos a un libro galardonado como Pulitzer en la categoría de no ficción, en la edición de 2011, premio que recibiera años atrás (1978), en divulgación científica el astrofísico Carl Sagan. Los Pulitzer son una serie de 21 premios, a los que sólo acceden ciudadanos norteamericanos, como lo dispuso testamentariamente su creador Joseph Pulitzer, editor del New York World. A estos los convoca anualmente, desde 1917, la Universidad de Columbia, quien los administra a instancias del The Pulitzer Prize Board. Entre 1970 y 1979 se adicionaron los premios de ensayo, crítica y ficción literaria a los ya existentes géneros periodísticos desde el 17 de dicho siglo.

La obra premiada que nos ocupa, tiene ciertos antecedentes en el libro editado con el nombre: “Las Leyes De La Medicina: Apuntes Sobre Una Ciencia Incierta”, al igual que cierta continuación de estilo tras la biografía del cancer en “El Gen”. Sin embargo la aproximación literaria a esta obra tiene varias miradas; una de ella apuesta a nombrar al Emperador de todos los Males como “investigación periodística” exhaustiva y muy documentada sobre las políticas del cáncer.

De ella se dice sigue una tradición de profesionales de la medicina que se inscriben en la descripción periodística de fenómenos sociales, como son los profesores de la Universidad de Harvard, Atul Gawande y Jerome Groopman, cuyos escritos en la revista The New Yorker sobre los problemas de la sanidad estadounidense o sobre cómo toman decisiones los médicos, han tenido una importante influencia en los círculos académicos y políticos norteamericanos. De otra parte, se afirma que ésta sigue un modelo a medio camino entre “la investigación y la historia novelada”, salpicado de múltiples citas de investigadores, escritores y periodistas, pero fundamentalmente realiza una descripción del contexto político y social que rodea el cáncer.

En estas líneas del diario El País de Albert Jovell, a Mukherjee tiende a identificársele con una apuesta Laskeriana sobre la investigación periodística que rodeó el ambiente social ante las políticas públicas en relación con el cáncer. Algunos otros afirman que ésta es una apuesta literaria que se dispone “... a caballo entre la narración y el ensayo, el oncólogo analiza la evolución, los avances, desafíos científicos y los temores de los pacientes”.

Luego cabe preguntarse ¿aquí hay ensayo, crónica de divulgación, novela histórica, historia novelada, biografía médica (no de un médico, pero sí de una enfermedad), o una patografía, quizá ?

Por supuesto frente a estos interrogantes es imposible olvidar la apuesta del neurólogo y escritor inglés Oliver Sacks quien ante estas narrativas se da cuenta de la instantánea e irreal disyuntiva entre su ser sano, médico eminente, intrépido, excursionista con un cuerpo en perfectas condiciones y el ser enfermo y frágil en el que se convirtió al despeñarse y perder un pie. Este hecho aparte de plantear serias dudas acerca del fundamento físico de la identidad, permitió emerger un antiguo impulso literario por analizar las causas y efectos de

la enfermedad debilitante en la memoria (Con una sola pierna-1988, anagrama) momentos en que la escritura impulsa a describir tribulaciones, relatos personales de sufrimiento, y atestiguan la popularidad de memorias como la del cáncer, que necesariamente como víctimas se hacen más concernidas, y que en Siddhartha son sólo las del paciente.

En este tipo de escritura, aparecen los “Narradores del Sufrimiento” como Virginia Woolf, quien en 1926 postrada en una cama ya escribía relatos literarios sobre la enfermedad, patografías en primera persona, escritos que parecen haber sido impulsados por la necesidad de describir y descargar, así como también por un profundo deseo, como el de Sacks, de explicar; pues parecería que esa narrativa intrínseca de la enfermedad crítica, la predispone al relato. En el drama del cuerpo que padece existe este principio –En la caída de Sacks, los primeros síntomas de sus dedos dormidos, en la enfermedad innombrada de Hilary Mantel, el diagnóstico de cáncer de seno–, como también la posibilidad de revelaciones profundas, emociones épicas y finales trágicos. Éstas en definitiva son apuestas literarias que más allá de un estilo de autores como Fanny Burney, Oliver Sacks o Hilary Mantel, nacen en la necesidad de explicar y cuestionar la supuesta naturaleza edificante de su padecimiento.

Sin embargo a la pregunta de Ferran Sendra, de si Mukherjee se reconoce en la tradición de la obra de Oliver Sacks, él responde: “ Hay relación entre literatura y medicina. Es una disciplina que está llena de historias. Explica nuestra historia personal, explica la historia de la condición humana. Los libros de Oliver Sacks podían leerse como reportajes de periodismo médico, como historiales médicos y como historias: comentarios sobre la estructura del cerebro humano, el lenguaje, sobre cómo identificamos semblanzas y diferencias, cómo hacemos un diagnóstico, qué piensa el médico, que experimenta el paciente, qué es la vida humana, cómo es vivir cuando eres daltónico, o tienes esquizofrenia. Oliver Sacks es un buen ejemplo. Tomó un concepto muy victoriano, el de la historia clínica, y lo convirtió en un género literario. A mí lo que me gusta es hacer biografías de ideas médicas, como el gen o el cáncer”.

Dentro de este estilo literario, esta “biografía de ideas” o de conceptos, también se estructura al recoger otras apuestas metodológicas en el orden epistemológico, un poco más distantes del positivismo científico, que como mencionaba ya tienen antecedentes en “Las Leyes De La Medicina: Apuntes Sobre Una Ciencia Incierta”. Un ejemplo que representa esto es la primera ley de Mukherjee: “Una intuición fuerte es mucho más poderosa que un test débil”; a lo cual él mismo asiente diciendo: “ “Nunca pertenecería a un club que admitiera como socio a alguien como yo” Groucho Marx.”

El Americano Bengalí Mukherjee, suele usar para explicar el teorema de Bayes, fundamento de su primera ley de la Medicina, el aforismo de Groucho Marx, el cual enuncia así: “Necesitamos tener el destello de una respuesta, antes que el destello de esa respuesta”. Dicho de otra manera, un test solo puede ser interpretado sensatamente en el contexto de las

probabilidades previas de que se suceda un determinado proceso, pues es sabido que cualquier prueba en medicina

(cualquier test, en cualquier análisis, sea cual sea el problema) tiene siempre falsos positivos y falsos negativos: “Cada reto diagnóstico en medicina puede ser imaginado como un juego de probabilidades. Se asigna primero la probabilidad de que el síntoma en un paciente pueda ser explicado por alguna disfunción patológica (una insuficiencia cardíaca, una artritis reumatoide), y a continuación le suma evidencia que aumenta o reduce esa probabilidad. Así mismo cada retal de evidencia (un dato de la historia, el instinto del médico, los hallazgos de la exploración física, las experiencias pasadas, los cotilleos o rumores, las corazonadas), aumentan o reducen la probabilidad. Y, luego cuando ésta alcanza un determinado umbral, se ordena una prueba confirmatoria, y se lee el resultado en el contexto de las probabilidades que ya existían previamente”. Para el oncólogo hematólogo de esta manera “intuimos” el mundo: pues no existe el conocimiento absoluto, tan solo existe un conocimiento provisional, condicionado. “ La historia se repite a sí misma”.

En el editorial de diciembre de 2015 del BMJ sobre el libro que publica Richard Lehman, “Siddhartha Mukherjee's three laws of medicine” se señala como el autor de dichas leyes cuestiona la tesis Baconiana acerca de que el análisis de los datos y su inducción a posteriori pueda funcionar mejor que un instinto adecuadamente entrenado. El pensamiento de Francis Bacon está en las raíces de la Medicina Basada en la Evidencia, la cual sopesa el valor de diversos elementos antes de realizar el diagnóstico, sin embargo en opinión de Lehman, las reglas de decisión derivadas de la MBE son excesivamente complejas y a menudo débiles en su empleo general y no mucho más efectivas que el juicio clínico o el propio instinto.

Mukherjee como Lehman se hacen copartícipes de un cuestionamiento a un dogma ampliamente aceptado y convertido en mandamiento de esa ley en la práctica clínica: la cual considera que el procedimiento intuitivo a la hora de tomar decisiones conduce inevitablemente al error clínico a través del uso de esa “trampa” peligrosa llamada “heurística”, y cuya prevención debe pasar por la protocolización de la práctica clínica como si se ésta fuera equiparable a las listas de chequeo que hacen de manera metódica, sincronizada y eficaz en la conducción de aviones, la fabricación de automóviles, o el lanzamiento de un cohete espacial. Enfoque que tiene eminentes defensores, desde Atul Gawande o Pat Croskerry en el ámbito médico, hasta las teorías de Daniel Kahneman en Psicología o Economía.

Sin embargo, otro conjunto de voces, igual de prestigiosas cuestionan abiertamente la idea de que la intuición y el uso de la heurística sea necesariamente equivocado. Para esto recomienda la magnífica revisión de Gigerenzer G et al. del Max Planck Institute, “Heuristic decision making”. Publicada en Annu Rev Psychol. 2011. En él se enfatiza como la heurística es un proceso cognitivo sumamente eficiente, ya sea se utilice de forma consciente o inconsciente. A pesar de la opinión de los Kahneman, Croskerry y compañía, en esta revisión de la literatura se pone de manifiesto (según Gigerenzer) que “ignorar parte de la

información puede llevar a juicios mucho más acertados que analizar, ponderar y valorar toda la información, en especial cuando los entornos son escasamente predecibles”. Hecho al que se ha denominado el efecto de “menos es más”. Esa fiabilidad suele depender de la estructura del entorno y de la “racionalidad ecológica”. Aquí es contundente que es “la experiencia” o “el ojo clínico”, el que permite a las personas usar acertadamente la heurística.

Con lo anterior no se niega, ni mucho menos, la necesidad de utilizar nuestras capacidades analíticas y racionales. Solo se trata de no despreciar, por equivocado, el uso de nuestra intuición, imprescindible, por demás cultivable, cuando el entorno es incierto. Algo que siempre será mucho más fuerte que cualquier débil prueba (test o análisis).

Ahora al desplazarnos hacia su obra más reciente y hablar de la idea de gen, del concepto de gen, recuerda que éste primero se descubrió como una entidad física, presente en cada célula del cuerpo. La historia de este invento y su descubrimiento, como muchas otras, se han contado de distintas formas, pero rara vez con la perspectiva biográfica.

El gen, dice el hematólogo, justifica plenamente la afirmación de que “es una de las ideas más poderosas y peligrosas de la historia de la ciencia”, luego aquí hay una historia que identifica a alguien que pervive en tiempo y espacio. Tal como hizo con su historia del cáncer, en la que se contempla el asunto desde una distancia grande y clarificadora, pero también de un modo íntimo. En el gen hay fragmentos de su propia historia familiar que enmarcan el relato: su primo y dos de sus tíos “padecían diversos trastornos de la mente”, y el espectro de la enfermedad mental, supuestamente heredada o heredable, persigue a su familia y lo obsesiona.

Luego sí parecería ser la biografía un género para hablar de estos conceptos que ontológicamente quizá hablan de nosotros mismos, pero debe repetirse la pregunta por este biografiado ¿Qué o quién es un gen?... Primero fue una abstracción, un enigma, “un fantasma que merodeaba por la maquinaria biológica”, escribe Mukherjee. Por definición, es el gen el portador del rasgo heredable o parcialmente heredable. Digamos que existen genes para la estatura, el color de pelo, la tez y los ojos. Pero unos rasgos están mejor definidos que otros.

El gen, identidad portadora de un mensaje. Son las instrucciones para construir una proteína. Puede tratarse de una fórmula que codifica el diseño de una estructura o, para ser más exactos, una receta que codifica un proceso, tal como Richard Dawkins ha señalado. El genoma es un algoritmo y, al mismo tiempo, es un código que debe ser ingeniosamente descifrado. Es el principio y el fin del interminable ciclo de la vida: un gen es un mensaje con el que se fabrica una proteína, que tiene una forma y una función y que, a su vez, regula un gen.

El gen es, y al mismo tiempo no es, el factor que determina nuestra identidad. Corresponde luego aceptar esta paradoja y entenderla. A medida que descubrimos de qué modo nuestro genoma nos define, también descubrimos cómo trascender nuestro genoma. En la era del

ADN recombinante, el gen se ha convertido en instrumento de su propia manipulación. Tenemos terapia génica y corrección génica. En el que Mukherjee denomina el mundo “posgenómico”, ejerceremos un poder tan emocionante como traicionero. Dicho de un modo sencillo: “Aprenderemos a leer y escribir nuestro propio ser, nosotros mismos”. Luego parecería acertado o por lo menos justificado el uso del género la biografía.

Es de tener presente que hay ocasiones en que aparecen sujetos en que este “emperador” se les ha presentado, y el núcleo de ese embrollo es el “accidente del cuerpo”, el sentido de destino y fatalidad. hechos que vienen marcados en por el “¿Por qué a mi ?” y en el “¿Qué he hecho?”. Cosa por la que muchos quedan presos de la significación única de estar “cosido al gen” como ley y como imperativo. luego al investigar las relaciones entre “accidentes del cuerpo” y destino ya que con el cáncer se despierta una demanda de trabajo sobre esa articulación, buscando preservar en la lengua un rastro de su separación.

Dirá Lacan en “El placer y la regla fundamental”: “...Que defina lo singular, es lo que yo he llamado por su nombre: un destino. Es eso lo singular, vale la pena haberlo obtenido: por suerte, una suerte que de todos modos tiene sus reglas. Y hay un modo de ceñir lo singular por la vía justamente de ese particular, ese particular que hago equivaler a la palabra síntoma. El psicoanálisis es la búsqueda de esa suerte, que no es siempre forzosamente ni necesariamente una buena suerte, una dicha” Cabría preguntar si el ejercicio de mukherjee no no pasa también por el de la Novela psicoanalítica ?

¿Qué relación existe entre mucha de la narración oral aquí contada y lo que se relata en la novela como género literario? De entrada es posible afirmar que comparten el mismo origen pero que toman diferentes sendas para llegar a un mismo fin: la simbolización. El como si... imaginario, tanto en literatura como para el psicoanálisis, aspira a la representación metafórica. Una buena diferencia encontrada entre la novela como género literario y llamada novela del psicoanálisis, es la que presentará la francesa Annie Ernaux: "No deseo escribir ningún relato, pues eso significa crear una realidad en lugar de buscarla". Y otra gran diferencia, la que establece con la escritura plana, descriptiva, o conocida como literatura del yo -mezcla de memoria y novela- : "Y tampoco quiero limitarme a reunir y a transcribir las imágenes que conservo en la memoria, sino tratarlas como documentos que se aclararán los unos a los otros al estudiarlos desde diferentes ángulos. Ser, en pocas palabras, etnóloga de mí misma". Otros escritores al escribir sus memorias aclaran que son 'memorias de ficción' que galopan sobre la no ficción, y es claro que este es premio de no ficción : "Es la novela de mi memoria, porque para contar cosas de la propia vida hay que hacerlo desde la ficción" dirá el escritor español Molina Sánchez.

Es de mencionar aquí, también, que La novela familiar... es narración oral, y que la novela como género es relato escrito, sobre todo si se tiene en cuenta que en el núcleo del psicoanálisis Freudiano se encuentra la clínica, es decir, el análisis del relato del paciente en tratamiento de su neurosis, y no de la novela como creación artística. Simplificando, para Freud el texto literario es un pre-texto. El texto del psicoanálisis es la clínica. Todo lo demás son aplicaciones, lo que se conoce como psicoanálisis aplicado, aplicado a la historia, la

antropología, la cultura, las religiones, la literatura, y por extensión, a toda creación artística. Sin embargo, texto y pretexto, clínica y crítica han ido desde los orígenes del psicoanálisis en paralelo

La literatura y el psicoanálisis eran líneas de pensamiento separadas pero con puntos de intersección en el desvelamiento de los enigmas de la condición humana. La narrativa al psicoanálisis le permitió distanciarse de los diagnósticos psiquiátricos, y en general de la tutela médica, para así poder psicologizar la subjetividad. De esta manera el terreno quedó despejado para aplicar la interpretación psicoanalítica. En palabras de Freud: "Todo escritor que presente tendencias anormales puede ser objeto de una patografía. Pero la patografía no nos enseña nada nuevo. El psicoanálisis, en cambio, informa sobre el proceso de la creación". Así fue que de la patografía se pasó a la psicobiografía, o análisis e interpretación del texto en función de la biografía del autor, y finalmente se acabó en la psicocrítica, o interpretación psicoanalítica del texto por el texto mismo. De esta manera Freud descargó al Dichter (término que designa por igual al novelista, dramaturgo y al poeta) de los prejuicios sociales de la época, basados en el binomio genialidad-locura, y lo remitió a su neurosis, es decir, a la normalidad y a lo común de los mortales.

Ante esto, no debemos pasar por alto la afirmación Sartreana, quien a la pregunta: ¿Qué es la literatura?, contesto: "No se es escritor porque se ha elegido decir determinadas cosas, sino porque se ha elegido decir las de un modo determinado". Como toda creación artística, el lenguaje poético renuncia a soliviantar a la cosa y le respeta que se resista a toda reducción de sí misma a objeto. A diferencia del lenguaje científico, el poético, como la prosa desvelan la cosa y la hacen visible por proximidad, por intimidad con la cosa. A diferencia del técnico, el poeta, el escritor manipula el lenguaje, no la cosa. Y la cosa, que sabe que al nombrarla muere, se deja transformar y acepta ser la figura que le propone el autor. Tanto para el padre de la criatura como para el padre del psicoanálisis, una vez conseguido el salto de/a la sublimación... se pierde el rastro de la pirueta. Que tanto de esto encontramos en la biografía en cuestión ?